

VÍCTOR GARCÍA HOZ: UN PEDAGOGO HUMANISTA

por Francisco ALTAREJOS
Universidad de Navarra

En general, la definición o caracterización del conjunto de una obra intelectual es tarea ardua; si se pretende que sea breve, es arriesgada; y si dicha obra es rica en contenido y extensa en su publicación, puede ser gravemente injusta. En el caso de Víctor García Hoz, no obstante, se le puede adjudicar una rúbrica fácilmente, sin peligro de errar y con profunda justicia: fue un pedagogo humanista.

Cabe suponer que su pedagogía —su pensamiento y su práctica educativas— también pueda calificarse consecuentemente de humanista. Pero sostener esta tesis requeriría un amplio y riguroso estudio de su obra, sobre todo para honrar debidamente al mismo García Hoz. Sin embargo, quienes hemos tenido el honor y el privilegio de conocerle personalmente y hemos leído con atención sus escritos, podemos sustentar este juicio sin temor: Víctor García Hoz fue —él, personalmente— un pedagogo humanista.

En primer lugar, la magnitud y diversidad de su obra muestran al hombre como núcleo inequívoco de referencia esencial y éste, además, considerado desde la más radical perspectiva antropológica: la persona. Enfrentándose a uno de los pseudohumanismos del siglo, como es el psicologismo pedagógico, dijo Alain, en sus *Propos sur l'éducation*, que hay quienes piensan que debe conocerse al niño para educarle; pero que él pensaba más bien que debía educársele para conocerle. En efecto, el conocimiento del hombre puede y debe realizarse teóricamente, a través de las llamadas ciencias humanas; pero hay otra posibilidad para conocer la condición humana, que es la experiencia dinámica de la relación interpersonal. Entre las relaciones intersubjetivas, pocas se prestan al conocimiento existencial como la relación educativa,

según recuerda K. Jaspers. Cuando se goza de una cierta veteranía en el quehacer educativo; cuando el educando no es un discente que se opone dialógicamente al docente, sino un aprendiz y colega que acompaña al maestro en el reconocimiento y la actualización del saber, entonces la relación educativa comienza a ser una deleitosa fuente para el conocimiento. En tal situación, el educador empieza a cobrar conciencia de que, a través de su enseñanza, está realmente intentando responderse a sí mismo la pregunta que Sócrates espeta a Alcibíades, y desde entonces resuena en el pensamiento occidental: ¿qué es el hombre?

Como el horizonte geográfico, esta pregunta siempre se tiene a la vista, pero nunca se alcanza; siempre permanece distante, aunque nítida e incitante. Nunca se encuentra una respuesta adecuada y definitiva; sólo se logran respuestas parciales y, sobre todo, se concitan nuevos interrogantes que reclaman nuevas y variadas contestaciones. Esta dinámica de la mente no lleva a la desesperanza; por el contrario, empuja adelante al espíritu, que se derrama en novedosos y distintos objetos de atención; el interés intelectual es requerido cada vez más por más concretos y más diversos elementos de estudio, todos ellos referentes de la existencia humana. Entonces, se cumple y se vive operativamente el lema de Terencio, que caracteriza fina y hondamente al verdadero humanista: soy humano, y nada humano me es ajeno.

Desde este conocimiento que se realiza en la *praxis* formativa, el educador abjura de todo especialismo o parcelación del saber, y de cualquier exclusivismo metodológico. Si hay una filosofía y un talante opuestos radicalmente al humanismo, ésta es el positivismo y el cientificismo anejo. Nada más alejado del temple humanístico que la constricción metodológica y epistemológica que, so capa de un pretendido rigor y un objetivismo purista en la ciencia, mutila a ésta en sus más fecundas posibilidades de desarrollo. El humanista, por el contrario, vive insensiblemente el principio aristotélico de la adecuación del método al objeto de estudio. No existe un método al que, en sentido absoluto, pueda proclamársele más válido que otro; el mejor método se define en cada situación, según las exigencias lógicas y ontológicas del objeto. Así, si la pretensión es estudiar el lenguaje desde la dimensión semántica, y con una intención funcional para la práctica educativa, una vez que se define al vocabulario como objeto de investigación, los recursos empírico-analíticos que proporciona la estadística son entonces los mejores, los más eficaces: en suma, los más idóneos. Pero si se quiere escudriñar en los principios operativos que conforman y

guían la acción educativa, el método reflexivo-especulativo resulta ser el más conveniente.

Esta convicción configura un talante investigador abierto a toda metodología eficiente, sin previos controles aduaneros que se establecen desde constructos epistemológicos formales. El investigador que realmente se mueve por afán de conocer la verdad, no se complace en la reflexión sobre el método; simplemente, lo usa. El verdadero estudioso, como va en pos de la verdad, no se regodea en el cumplimiento del protocolo metodológico, supuestamente consensuado por la llamada comunidad científica; sencillamente, lo aplica a su investigación y lo revisa constantemente a luz de los resultados sapienciales. Esto explica la rica variedad de registros, tanto empíricos como especulativos, tanto analíticos como sintéticos, que hay en la investigación del espíritu libre que es propio del humanista clásico, cuyo más conocido prototipo es Leonardo da Vinci.

Las publicaciones de García Hoz, catedrático de Pedagogía Experimental, no pueden encuadrarse exclusivamente en la formalidad pertinente al perfil académico de dicho título; no puede decirse de él que fuera un insigne experimentalista o un influyente metodólogo porque fue mucho más. También cultivó otras dimensiones del saber pedagógico, y no se arredró ante la apertura a diversos métodos. Un ejemplo significativo —en el completo sentido de «ejemplo», es decir, un caso singular que es, además, paradigmático y modélico— es una de sus obras, jugosa y sugerente, aunque frecuentemente olvidada: *Cuestiones de Filosofía de la Educación*, editada por el Instituto de Pedagogía «San José de Calasanz» del C.S.I.C. en 1952, que tuvo en 1962 una segunda edición revisada con el título de *Cuestiones de Filosofía individual y social de la educación*, editada por Rialp.

El mismo año que se publicaba la primera edición de este libro, aparecía también la *Filosofía de la Educación* de A. González Álvarez, editada por la Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, Argentina, que igualmente tendría una segunda edición revisada en 1963 a cargo de la Editorial Troquel de Buenos Aires. Esta obra, que fue un manual de referencia común para la disciplina durante esos años, se estructura en torno a un mismo núcleo formal y temático: el estudio de la esencia de la educación como accidente del tipo «cualidad» desde la consideración predicamental, y el estudio del proceso educativo desde la aplicación del esquema aristotélico de las cuatro causas. Es el mismo esquema que vertebró el libro de García Hoz, y sin embargo, hay una notable

diferencia entre ambas obras, efecto de la sustancial diferencia entre la posición de ambos autores. Con una nobleza que le honra, González Álvarez, catedrático de Metafísica, justifica en las primeras líneas de su prólogo las razones de tal estudio: «Mi servicio a la metafísica, al que me debo vocacional y profesionalmente, ha debido polarizarse en ocasiones, por imperativo de las circunstancias, hacia los temas educacionales». García Hoz por su parte, también en el primer párrafo de la introducción a su libro, declara con sencilla veracidad su posición inversa: «ya que por mi dedicación a las tareas pedagógicas no puedo desinteresarme de los problemas filosóficos, he escrito unos cuantos trabajos, reunidos en este volumen, que si algún valor tienen, no es el de exponer unas elementales nociones filosóficas, sino el de utilizarlas en la explicación del hecho educativo, que en esto creo que consiste esencialmente la Filosofía de la Educación.»

Ambos libros realizan, cada uno, dos posibilidades distintas y permanentemente abiertas: una filosofía *teórica* y una filosofía *práctica* de la educación. En la primera se parte de un saber filosófico, virtualmente pedagógico, *a parte post* respecto a la educación; en la segunda se constituye un saber pedagógico, formalmente filosófico-práctico desde la educación. En la filosofía teórica de la educación se contempla el ser de la educación; como una ontología regional, considera y explica las dimensiones metafísicas de la realidad educativa. En la filosofía práctica de la educación se atiende a la acción pedagógica refiriéndola a su finalidad; realiza la tendencia ingénita del saber pedagógico hacia su fundamentación filosófica.

Es una diferencia de posición profesional, de dedicación académica y, en definitiva, de vocación personal. La experiencia docente es el elemento compartido por ambos; pero González Álvarez enfoca su saber filosófico —desvinculado en sí mismo de la tarea pedagógica— hacia la educación, mientras que García Hoz encuentra en el hecho educativo una referencia sustancial, unas nociones seminales del saber pedagógico que reclaman una iluminación filosófica; el primero se acerca a la educación desde fuera, desde la filosofía; el segundo se aúpa a la filosofía desde la pedagogía, que le emplaza a considerar el fin y el deber ser de la educación. No puede extrañar entonces que en la lectura del libro de García Hoz se encuentren ciertos temas peculiares, impropios de la especulación metafísica, pero entrañables al filosofar práctico: la cultura, la persona y el bien común. Así, en el grueso de la obra —ochenta y seis páginas frente a las cuarenta y seis primeras dedicadas al

estudio establecido de las causas, siguiendo el mismo planteamiento de González Álvarez— García Hoz se ocupa filosóficamente de cuestiones prácticas como el ejemplo del maestro, la enseñanza, la sencillez como expresión pedagógica de la unidad y la educación y el bien común, títulos de los capítulos correspondientes. Además, en medio de éstos, figura un capítulo de reflexión causal, pero dedicado a una causa ausente en el otro libro: la causa final. Del interés de estos capítulos habla su mismo enunciado: son cuestiones permanentes e imperecederas, más que en la filosofía de la educación, en el propio saber pedagógico.

Cuarenta y cinco años después de su publicación, es evidente que resulta más actual el libro de García Hoz, tanto por su temática como por su tratamiento; pues la misma especulación filosófica de las últimas décadas se ha orientado por derroteros más antropológicos o éticos que metafísicos. Un ejemplo destacado es la conclusión del capítulo sobre la causa final: el fin de la educación es la felicidad. En el momento presente los estudios de todo tipo sobre la felicidad son cada vez más numerosos; en aquella época, era una propuesta realmente original. La mayor vigencia y asequibilidad de esta obra frente al libro de González Álvarez —excelente por otra parte en su estilo y enfoque propios— no implica una valoración de la mayor o menor genialidad de uno u otro: es un efecto coherente con el planteamiento de cada uno. La filosofía de la educación que se realiza desde una determinada concepción metafísica une su destino a la actualidad de ésta; y no cabe duda que la metafísica aristotélica ha sido atropellada por el dinamismo cultural del siglo. Sin embargo, la reflexión filosófica que demanda el saber pedagógico es una firme constante en cualquier época cultural. Es comprensible entonces, aunque pueda sorprender a primera vista, que se encuentre mayor permanencia en una filosofía educativa emergente de la pedagogía, que en una determinada filosofía que se ocupa ocasionalmente de la educación, como un objeto más entre otros. Ciertamente, García Hoz no realizó una obra filosófica de consideración con ese libro —como si ocurre con el libro de González Álvarez—; pero forja en él una verdadera *miniatura* filosófica, realizada con toda la finura, delicadeza e íntima belleza que sustentan tal tipo de obras, pequeñas en su factura, pero grandes en su resplandor creativo.

Y es lógico también que una tal tarea pueda desempeñarla acertadamente alguien que no es filósofo «profesional», pero sí pedagogo vocacional, como lo fue García Hoz; condición confirmada, tanto por su obra escrita, como por los testimonios de quienes tuvimos la fortuna de conocerle. Como su saber filosófico-educativo germinó al calor de su saber y de su hacer pedagógicos, así también se acendró su humanismo. Víctor García Hoz fue un pedagogo humanista, en este orden: no fue un humanista que desembarcó en la pedagogía, sino un educador que arribó al humanismo desde una vocación pedagógica vivida en plenitud.